

## **Reflexión bíblico-catequética en la fiesta de los Reyes Magos**

### **¡HEMOS VENIDO A ADORARLE! (Mt 2, 2)**

El lema que el Papa Juan Pablo II eligió para la Jornada Mundial de la Juventud que se celebró el año 2005 en Colonia fue "¡Hemos venido a adorarlo!". El lema hace referencia a los Reyes Magos que recorrieron todo Oriente para ir a conocer a Jesús y adorarlo. La oportunidad del tema de los Reyes Magos estribaba en el hecho que en la catedral de Colonia se guarda el sarcófago que según la tradición contiene sus restos.

Su peregrinación de entonces hasta llegar a Belén y adorar a Jesús nos sirve hoy y siempre de impulso y de modelo para todo cristiano. Hay que seguir las huellas de estos hombres que en su tiempo fueron buscadores de Dios y llegaron hasta Él para adorarlo, para también nosotros en nuestra época y en nuestra vida llegar a conocer un poco más a Jesús y ser sus testigos.

Ellos fueron los primeros de pueblos no judíos que conocieron a Jesús y por eso su fiesta, la Epifanía ("manifestación") del Señor, es la fiesta de todos los hombres y pueblos que buscan a Dios y tienen el derecho de conocerle y la de la Iglesia que tiene el deber de manifestar a Jesús y dárselo a conocer.

#### **1. El deseo de ver a Dios**

Todo viaje sea de vacaciones o trabajo o visitar la familia empieza por un deseo, una ilusión, una necesidad... El viaje que comenzaron los Magos también: tenían el deseo de conocer los signos de Dios en el cielo y por eso lo observaban continuamente y lo estudiaban; eran sabios, porque investigaban. Pero sobre todo porque cuando descubren un signo poderoso que resalta sobre los demás, lo siguen, pues quieren llegar hasta Dios mismo y no quedarse en sus signos, quieren adorarlo (cf. Mt 2, 2).

Nuestro itinerario debe, pues, iniciar con un deseo, el deseo de ver a Dios, que se nos ha manifestado en Jesús.

Ciertamente es un deseo que de un modo u otro está presente en el corazón de cada hombre para que busque a Dios, y, como a tontas, pueda encontrarle (cf. Hch 17, 27). Pero el "dios desconocido" de muchos hombres (cf. Hch 17, 23) para el cristiano tiene un Rostro, que es el de Jesús.

Es a lo que invitaba el Papa Juan Pablo II en el mensaje a los jóvenes para la Jornada Mundial de la Juventud 2004 que tuvo como lema "Queremos ver a Jesús":

Queridos jóvenes, yo también os invito a imitar a los "griegos" que se dirigieron a Felipe, movidos por el deseo de "ver a Jesús". Que vuestra

búsqueda no esté motivada simplemente por la curiosidad intelectual, aunque en sí misma tiene un gran valor, sino que esté estimulada sobre todo por la exigencia profunda de encontrar la respuesta a la pregunta sobre el sentido de vuestra vida...

Queridos jóvenes, ¿vosotros también queréis contemplar la belleza de ese Rostro? [...] No os lancéis a responder. Antes que nada haced silencio en vuestro interior. Dejad que emerja desde lo profundo de vuestro corazón el ardiente deseo de ver a Dios, un deseo a veces sofocado por los rumores del mundo y por las seducciones de los placeres. Dejad que en vosotros nazca este deseo y experimentaréis la maravilla del encuentro con Jesús. El cristianismo no es simplemente una doctrina; es un encuentro en la fe con Dios hecho presente en nuestra historia con la encarnación de Jesús.

San Agustín en sus *Confesiones* exclamaba: "¡Tarde te conocí!". No ahogemos el deseo de ver a Dios en nuestro interior. Cuando llegemos a conocer más a Jesús, nos pasará como a San Agustín, como antes a muchos otros, incluido San Pablo que después de su experiencia de Jesús a nada le concedía valor (cf. Fil 3, 8). Hay que avivar el deseo, sacudirse de la cabeza la idea de que ya le conocemos suficientemente y sentir auténtica necesidad de Dios (cf. Sal 63). Hay muchos signos, muchas situaciones y circunstancias que suscitan en nosotros el deseo de Dios, en otros tantos signos concretos de paz, de justicia, de amor... No hay que quedarse en los signos, hay que dar el paso de querer llegar hasta Dios, de querer conocerle como Él se nos manifiesta, de querer que sea el centro de nuestra vida. Para que nuestro deseo de Dios se haga cada día más fuerte la Iglesia nos ofrece los signos que Jesús nos ha dejado de su presencia viva en este mundo: su Palabra, sus Sacramentos y su mandamiento del amor fraterno. Es la forma en que Dios nos invita y ofrece continuamente su amistad y cercanía para que llegemos hasta Él por un camino libre y seguro. De una forma especial en la Eucaristía. Hay muchos hombres y pueblos que aún no conocen a Jesús. Ellos tienen derecho a que se les dé a conocer. Las jornadas misioneras y especialmente el DOMUND son las celebraciones que tenemos en la Iglesia para conocer mejor esta realidad y también el derecho y el deber que como cristianos tenemos de darle a conocer a Jesús a las personas que lo desean ver y adorar.

## **2. Ponerse en marcha**

¡Cuántos deseos e ilusiones se apagan y se quedan en el vacío, sin realizarse! La juventud es época de grandes inquietudes; pero no son sólo deseos, sino también realizaciones. ¡Hay que ponerse en marcha y echarse al camino!

Los Magos de Oriente vieron la estrella y se pusieron en marcha; no se enredaron en interminables debates o discusiones científicas. Se pusieron en marcha y siguieron la estrella en un viaje largo y fatigoso y con un objetivo un tanto incierto.

“El que busca, encuentra” (Lc 11, 10). No basta el deseo de encontrar, hay que buscar. Supone esfuerzo y a veces la sensación de esterilidad, pero el que es constante y persevera tendrá la satisfacción de llegar, de encontrar.

Si la pereza de salir de casa y ponerse en marcha o la incomodidad del viaje apagan nuestro deseo, jamás encontraremos nada. Hoy en día la gran tentación de los cristianos es acomodarse a lo que hay y se vive en la sociedad, mimetizarse con el ambiente como el camaleón, olvidar la fuerza crítica que tiene la vida y la palabra de Jesús en el Evangelio respecto de las modas, costumbres, usos sociales y culturales...

Ponerse en marcha es buscar la verdad, no conformarse con verdades parciales o fragmentarias, sino buscar la verdad en su integridad, sabiendo que la Verdad es Dios.

Ponerse en marcha significa salir de lo establecido y ponerse en camino para informarse, ser críticos, formar la propia conciencia...

Ponerse en marcha es el riesgo de pensar por uno mismo y vivir de una forma diferente a como vive la gente.

¿Por qué la conciencia de los jóvenes no se rebela contra esta situación, sobre todo contra el mal moral, que brota de opciones personales? ¿Por qué tantos se acomodan en actitudes y comportamientos que ofenden la dignidad humana y desfiguran la imagen de Dios en nosotros? Lo normal sería que la conciencia señalara el peligro mortal que encierra para el individuo y para la humanidad el hecho de aceptar tan fácilmente el mal y el pecado. Y, en cambio, no siempre sucede así. ¿Será porque la misma conciencia está perdiendo la capacidad de distinguir el bien del mal?...

Jóvenes, no cedáis a esa falsa moralidad tan difundida. No asfixiéis vuestra conciencia. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios (cf. *Gaudium et spes*, 16). «En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer» (ib.). Esa ley no es una ley humana externa, sino la voz de Dios, que nos llama a liberarnos de la cadena de los malos deseos y del pecado, y nos impulsa a buscar el bien y la verdad. Sólo escuchando la voz de Dios en vuestro interior y actuando de acuerdo con sus directrices alcanzaréis la libertad que anhelaís. Como dijo Jesús, sólo la verdad os hará libres (cf. Jn 8,32). Y la verdad no es el fruto de la imaginación de cada uno. Dios os ha dado la inteligencia para conocer la verdad, y la voluntad para realizar el bien moral. Os ha dado la luz de la conciencia para guiar vuestras decisiones morales, para amar el bien y evitar el mal. La verdad moral es objetiva, y una conciencia bien formada puede percibirla.

Pero si la misma conciencia se ha deformado, ¿cómo puede reformarse? Si la conciencia, que es luz, ya no alumbraba, ¿cómo podemos superar la oscuridad moral? Jesús dice: «La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu

cuerpo estará a oscuras. Y si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!» (Mt 6,22-23).

Pero Jesús dice también: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12). Si seguís a Cristo, devolveréis a la conciencia su puesto correcto y su papel adecuado, y seréis la luz del mundo y la sal de la tierra (cf. Mt 5,13).

Un renacimiento de la conciencia debe brotar de dos fuentes: en primer lugar, el esfuerzo por conocer con certeza la verdad objetiva, incluida la verdad sobre Dios; y, en segundo lugar, la luz de la fe en Jesucristo, el único que tiene palabras de vida. (JUAN PABLO II, *Mensaje en la Vigilia de Oración de la VIII Jornada Mundial de la Juventud*, Denver, 14 de agosto de 1993, nn. 4 y 5)

La peregrinación a un lugar representativo cristiano despierta la conciencia de la necesidad de vivir de una forma diferente. El camino largo, pesado, fatigoso, lleno de incomodidades y de incertezas vale la pena porque hay una meta, un lugar al que llegar, un objetivo. Es una parábola de lo que es la vida humana: para llegar a vivir en plenitud la propia vida hay que ponerse en marcha cada día y no hay que quedarse al borde del camino mientras los demás pasan de largo.

Como cristianos estamos llamados a vivir en este mundo como peregrinos (cf. 1 Ped 1, 1). Sabemos que la patria del hombre es Dios y que mientras estemos en este mundo no le vemos aún cara a cara, sólo tenemos el deseo y la búsqueda.

Así podremos también comprender y ser solidarios con los que tienen que dejar su casa, familia, país... en busca de condiciones de vida más dignas y darles a conocer a un Dios al que se le conoce andando por el camino (cf. Lc 24, 13ss).

### **3. En compañía, en comunidad**

El pasaje del Evangelio nos dice que eran “unos sabios” y la tradición concreta: eran tres. Cuántos eran no lo sabemos con certeza histórica, pero algo sí que es seguro: que no era uno solo ni fueron cada uno por su cuenta. Hicieron juntos el viaje, en compañía, en comunidad.

No somos islas. Cada uno tenemos una concreta responsabilidad sobre nuestra vida pero no dependemos sólo de nuestras fuerzas, talentos, cualidades o recursos; contamos con la ayuda de los demás, de la misma manera que ellos a su vez esperan y necesitan nuestra ayuda.

Ponerse en marcha no se hace en solitario, se hace en compañía, en comunidad. El camino de la vida no lo hacemos nadie en solitario; contamos con la ayuda y la solidaridad de muchos a nuestro alrededor: padres, hermanos, familia, amigos, compañeros... Sin embargo, hoy hay mucha gente que se siente sola, no por falta de gente a su alrededor, sino porque ninguno se interesa por ellos de verdad, de corazón, o, al menos, no suficientemente.

Incluso el problema de los jóvenes que se sienten solos avanza de una manera galopante. Se intenta encubrir esta soledad saliendo con grupos de amigos, pero a veces la solución que ofrece no es tal, porque no hay verdadera amistad, sino que es una masa de personas solitarias.

Nos hemos acostumbrado a las relaciones superficiales, ocasionales, interesadas, banales. La falta de tiempo es sólo la excusa para la falta de diálogo, de interés por el otro, de conocerle a fondo, de permitir que se exprese e, incluso, que se desahogue, que pueda contar con nosotros...

El amor es el centro del Evangelio de Jesús; de tal manera que Jesús se hace presente en medio de sus discípulos (cf. Mt 18, 19) y es el signo por el que se reconoce a sus discípulos (cf. Jn 13, 35). El Evangelio es la llamada que Dios nos hace en Jesús para que abandonemos la soledad y el egoísmo y pasemos a ser "hombres nuevos" que viven el amor, que hacen de el amor el centro de su vida.

Ama por tanto al prójimo, y trata de averiguar dentro de ti el origen de ese amor; en él verás, tal y como ahora te es posible, al mismo Dios...

Al amar a tu prójimo y cuidarte de él, vas haciendo tu camino. ¿Y hacia dónde caminas sino hacia el Señor Dios, el mismo a quien tenemos que amar con todo el corazón, con toda el alma, con todo el ser? Es verdad que no hemos llegado todavía hasta nuestro Señor, pero sí que tenemos con nosotros al prójimo. Ayuda, por tanto, a aquel con quien caminas, para que llegues hasta aquel con quien deseas quedarte para siempre. (San Agustín, *Tratado 17 sobre el evangelio de Juan*)

En la peregrinación de la vida si de verdad queremos llegar hasta la meta, hasta Dios y la felicidad a la que nos ha destinado, tenemos que ir junto con los demás, en una relación de verdadero y auténtico amor. Es el camino que Jesús vivió y nos dejó en el Evangelio. Jesús es "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14, 6) y nadie llega hasta el Padre si no es viviendo como Él vivió y amando como Él amó.

Crecemos como personas y como cristianos cuando crecemos en grupo, en la familia, en el grupo de amigos, en la comunidad de fe. Porque ser persona es reconocer que los demás tienen la misma dignidad, las mismas inquietudes y deseos, los mismos derechos y obligaciones que yo. Crecer como persona es crecer en la capacidad de entrar en contacto y establecer relaciones verdaderamente *personales*, regidas por valores auténticos y no por intereses ajenos a la persona y a su bien.

Compartimos con los demás inquietudes y deseos, ilusiones y proyectos... y el deseo de ver a Dios; es un camino que no podemos hacer solos: ya muchos se han puesto en marcha y están en camino. Como cristianos nos tenemos que ayudar y comprometer para que experimentemos que efectivamente es así.

## 4. Los peligros del camino

Los Reyes Magos llegaron a Jerusalén y preguntaron “¿dónde está el rey de los judíos que ha nacido?”. El rey Herodes y toda Jerusalén se inquietaron. Habían perdido de vista la estrella y cuando preguntan a quien debía saber algo sobre ello, siente miedo y quiere prevenirse.

Y es que hay peligros en el camino; no sólo los que vienen de nuestra apatía o comodidad, sino también las amenazas de los que no quieren que llegemos hasta el final.

Ponerse en camino ya es un logro; vencer nuestra tendencia a acomodarnos, a lo fácil a la rutina, es también un gran triunfo; pero hay además otros peligros ocultos que acechan a lo largo del camino y a los que hay que enfrentarse y vencerlos para poder llegar hasta el final.

A los Magos les faltó en el último momento la guía de la estrella que habían tenido hasta entonces; estando a punto de llegar a la meta, falta el último impulso, el último esfuerzo, el *sprint* último que culmine el trabajo. Nos cuesta ser perseverantes, nos cuesta llegar hasta el final, es difícil mantener hasta el final la ilusión, las ganas y la motivación del principio.

Existen además las seducciones que se nos presentan por el camino, otros objetivos y otras metas que nos atraen, que son llamativas, incluso buenas y útiles, pero que nos desvían y alejan de nuestra meta inicial, como el peregrino que se queda extasiado ante la belleza de una montaña o de un campo y se olvida de la etapa que tiene que hacer. A veces son los poderes de este mundo, los valores y las categorías por las que se rige la gente en general o, como les sucedió a los Magos, los ricos e influyentes los que ejercen su poder sobre nosotros y nos impiden llegar hasta nuestra meta.

Los Magos “volvieron a su tierra por otro camino”, se liberaron de la influencia que pretendía tener Herodes sobre ellos y, sin atender a sus deseos, volvieron sin decir a Herodes donde estaba el niño, pues las intenciones de Herodes no eran buenas, como sabemos y nos dice el evangelio (cf. Mt 2, 16-18).

Vivir con coherencia en este mundo no es fácil. Llevar una vida regida por el amor y por los valores auténticos de la persona, del bien común, de la solidaridad, etc. nos cuesta a todos. Jesús mismo vivió la experiencia de las tentaciones, la pasó por nosotros, para que aprendamos a poner nuestra mirada en la meta, el fin, en lo que merece la pena y no nos dejemos engañar por otras metas inmediatas, llamativas, atractivas pero que no pueden llenar nuestro deseo de ver a Dios, de ser hombres libres y de amar y ser felices.

La apariencia es siempre la misma: atrae, parece que no es malo, es seductor. Pero la realidad es otra muy distinta y lo que parecía bueno, luego se revela que no es tal. Los ídolos de un momento desilusionan y pasan de moda, hasta caer en el olvido. El mundo nos engaña con sus apariencias que pasan (cf. 1Cor 7, 31), pero lo que Jesús ha vivido y nos enseña en el Evangelio, permanece para siempre: “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt 24, 35).

Al volver a ver la estrella los Magos "se llenaron de alegría", pasada la tormenta viene la calma. El que se mantiene firme en sus convicciones e ideales, aun cuando le toque experimentar la prueba de la perseverancia, gustará también de la alegría de la victoria; el que se deje llevar por las modas del momento, nunca llegará a saber lo que es ser él mismo y no será feliz.

Jesús en el Evangelio llama constantemente a la conversión. Jesús nos invita a "velar", a estar atentos, a saber discernir lo auténtico y lo genuino de lo falso, de los sucedáneos, de lo frágil y perecedero. Hay que estar atento y ser crítico, dispuesto a continuar el camino emprendido y no abandonar la tarea sólo por sentir el esfuerzo que supone la perseverancia. Al final está la recompensa, que no es otra que encontrarnos a nosotros mismos y a Dios.

Perseverar en el camino a pesar de las dificultades y de los peligros no es más que no tener miedo al fracaso o a nuestras debilidades, a la insidia del pecado o a las tentaciones, ni a los poderosos de este mundo con sus modas y sus ídolos. No hay que tener miedo porque lo que nos hace auténticos es luchar contra todo ello y, aun cuando a veces experimentemos la derrota, no dejar por ello el combate, porque Jesús ya venció todas las tentaciones por nosotros.

## **5. Adorar a Jesús**

Los Magos después de un largo camino no libre de peligros llegaron hasta Jesús y le adoraron.

El gesto hoy en día nos puede parecer extraño, porque hemos perdido en gran parte el sentido de lo religioso. O peor, lo hemos banalizado de tal manera que llegamos a adorar a quien sea o a cualquier cosa.

Los Magos adoran a Jesús porque lo reconocen como Dios y sólo a Dios hay que adorar. Se trata de reconocer la primacía de Dios en nuestra vida, porque Dios es el único que nos ama como somos y reconocer que Él nos ama así no nos esclaviza ni somete a ningún poder extraña a nosotros, sino que nos libera de otras esclavitudes y nos hace llegar a ser nosotros mismos, libres y felices.

Todos necesitamos este encuentro con Jesús auténtico; todos necesitamos reconocerle como el Señor de nuestra vida y entregarle todo lo que somos y tenemos. La oración personal es el medio de que disponemos para poder escucharle a través de su palabra, conocerle y poder experimentar su amor y manifestarle el nuestro.

El bautismo que hemos recibido es la gracia de Dios por la cual Él se hace presente en nuestra vida y actúa en nosotros para que podamos vivir la vocación cristiana cada uno según su forma de ser y sus circunstancias. El bautismo es la llamada que Dios nos hace a la santidad, entendida como algo normal de la vida cristiana.

Descubrir a la Iglesia como « misterio », es decir, como pueblo « congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo », llevaba a

descubrir también su « santidad », entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el « tres veces Santo » (cf. *Is* 6,3). Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de *Esposa de Cristo*, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cf. *Ef* 5,25-26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado.

Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: « Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación » (*1 Ts* 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: « Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor ».

... Si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, « ¿quieres recibir el Bautismo? », significa al mismo tiempo preguntarle, « ¿quieres ser santo? » Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: « Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial » (*Mt* 5,48).

Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos « genios » de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. (Juan Pablo II, *Carta apostólica Novo Millennio Ineunte*, nn. 30.31)

El cristiano que de verdad conoce y vive la gracia bautismal no puede contentarse con vivir una relación con Dios limitada a lo que aprendió de niño en la catequesis, debe tener la humildad suficiente para reconocer lo mucho que aún le falta de conocer y de experimentar a Dios, lo mucho que aún puede hacer por vivir y manifestar su amor a los demás, lo mucho que le falta por dar a conocer a Dios a los que no le conocen.

Adorar a Jesús significa darle entrada en la propia vida, dispuesto a que sea Él quien decida el plan que quiere trazar en nuestra vida y el proyecto que quiere realizar con nosotros.

Se trata de ser generosos para con Dios. Él nos lo ha dado todo en Jesús: "Si Dios no nos negó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos también, junto con su Hijo, todas las cosas?" (*Rm* 8, 32) y "¿Y qué tienes que Dios no te haya dado? Y si él te lo ha dado, ¿por qué presumes como si lo hubieras conseguido por ti mismo?" (*1Cor* 4, 7), Dios sólo nos pide una cosa de la que no puede disponer si no se la damos y esa cosa es nuestro corazón. Adorar a Jesús es reconocer en lo profundo de nuestra alma y en el silencio de nuestro corazón el inmenso amor que Dios nos tiene y ponernos confiados en sus manos con agradecimiento y con amor, queriendo seguir a Jesús y vivir su Evangelio.

## 6. De vuelta a casa

Ahora es el momento de mirar hacia delante; el relato de los Magos puede, en cierto sentido, indicarnos un camino espiritual. Ante todo ellos nos dicen que, cuando se encuentra a Cristo, es necesario saber detenerse y vivir profundamente la alegría de la intimidad con Él. "Entraron en la casa, vieron al niño con María su Madre y, postrándose, lo adoraron": sus vidas habían sido entregadas ya para siempre a aquella Criatura por la cual habían afrontado las asperezas del viaje y las insidias de los hombres. El cristianismo nace, y se regenera continuamente, a partir de esta contemplación de la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo.

Un rostro para contemplar, casi vislumbrando en sus ojos los "rasgos" del Padre y dejándose envolver por el amor del Espíritu. La gran peregrinación jubilar nos ha recordado esta dimensión trinitaria fundamental de la vida cristiana: en Cristo encontramos también al Padre y al Espíritu. La Trinidad es el origen y el culmen. Todo parte de la Trinidad, todo vuelve a la Trinidad. Y, no obstante, como sucedió a los Magos, esta inmersión en la contemplación del misterio no impide caminar, antes bien obliga a reemprender un nuevo tramo de camino, en el cual nos convertimos en anunciadores y testigos. "*Volvieron a su país por otro camino*". Los Magos fueron en cierta manera los primeros misioneros. El encuentro con Cristo no los bloqueó en Belén, sino que les impulso nuevamente a recorrer los caminos del mundo. Es necesario volver a comenzar desde Cristo, y por tanto, desde la Trinidad. (Juan Pablo II, *Homilía En la clausura de la Puerta Santa, Solemnidad de la Epifanía del Señor*, 6 de enero de 2001, n. 6)

Hay muchas personas que desde su experiencia de Dios y buscando ser sinceros consigo mismos y con los demás han cambiado el mundo; algunos son bien conocidos: Martin Luther King, Ghandi, Beata Teresa de Calcuta... otros no son en absoluto conocidos más que por aquellos con los que convivieron y no lo serán nunca por la mayoría de la gente. Pero que más da; Dios no nos llama a la fama, sino a la santidad y a hacer con nuestra oración y nuestro amor un mundo nuevo, más justo, más fraterno, más según la idea y el gusto de Dios.

Tenemos en nuestras manos una gran fuente de energía, capaz de abastecer a todos, que es el amor que surge del encuentro con Jesús y en Él con la Trinidad. Tenemos, pues, la posibilidad de ser constructores de un mundo nuevo, de una cultura nueva, de la civilización del amor.

Jesús nos dice: "Vosotros sois la sal de este mundo. Pero si la sal deja de ser salada, ¿cómo seguirá salando? Ya no sirve para nada, así que se la arroja a la calle y la gente la pisotea. Vosotros sois la luz de este mundo. Una ciudad situada en lo alto de un monte no puede ocultarse; y una lámpara no se enciende para tapanla con alguna vasija, sino que se la pone en alto para que alumbre a todos los que están en la casa. Del mismo modo, procurad que vuestra luz brille delante de la

gente, para que, viendo el bien que hacéis, alaben todos a vuestro Padre que está en el cielo" (Mt 5, 13-16).

Hemos llegado al fin de este "Itinerario" pero no es el fin del camino, es sólo el final de una etapa. La vida sigue y se tiene que ver en nuestras vidas que el camino hecho hasta aquí no ha sido en vano. Jesús no nos ha llamado para que estemos sólo con Él, Jesús ha llamado a los que le pareció conveniente, para que estuvieran con Él y para enviarlos (cf. Mc 3, 12-13). Porque Jesús "no busca adoradores, sino decididos imitadores" (S. Kierkegaard).

Tenemos ante nosotros el vasto horizonte de un mundo que no conoce a Dios y porque no lo conoce adora a ídolos falsos que le esclavizan y tiranizan. Un mundo donde impera la ley del más fuerte y no la del amor, la búsqueda de placer y no del amor generoso y desinteresado, el afán de poder y no el espíritu de servicio... En nuestras manos está cambiarlo; tal vez no en grandes cosas, no en las grandes estructuras o formas de pensar y actuar, pero sí en nuestro pequeño mundo, a nuestro alrededor, en nuestras familias y ambientes cotidianos.

Hay que recuperar el valor de nuestras pequeñas actitudes y gestos. Tal vez nos sentimos un pequeño grano de sal, pero si de verdad es sal, es capaz de dar sabor salado a la comida, o una pequeña luz, pero si de verdad es luz, ilumina y disipa las tinieblas a su alrededor. Un pequeño acto hecho con amor, aunque no aparezca ni lo parezca, es una fuerza muy superior a todo el egoísmo que hay en el mundo.

A nosotros se nos confía, como los Magos que allí a los pies de Jesús dejaron sus preciosos regalos, pero regresaron con el corazón lleno de alegría por haber encontrado a Jesús y eso es lo que repartieron a manos llenas, el volver a nuestra tierra con las manos vacías de cosas y el corazón lleno de Dios.

No podemos defraudar el deseo de Jesús y las esperanzas de los hombres. La civilización del amor es posible y a nosotros nos toca el ser sus artífices y constructores; nosotros que "esperamos el cielo nuevo y la tierra nueva que Dios ha prometido, en los que todo será justo y bueno" (1P 3, 13).

## **Oración a los Reyes Magos**

iO Reyes Magos benditos,  
pues de Dios sois tan amados,  
sed mi guarda y abogados!

Sed mi guarda en este suelo  
porque en sus lazos no caya  
y abogados en el cielo  
porque a veros allá vaya;  
porque por vosotros aya  
gran perdón de mis pecados,  
sed mi guarda y abogados.

Tanto quiso Dios amaros  
por vuestro merecimiento  
que le plugo revelaros  
su sagrado nacimiento;  
pues le tenéys tan contento  
y con Él soys tan privados,  
sed mi guarda y abogados.

Venistes desde Oriente  
adorar al Rey divino  
con aquel alto presente  
para quien d'él era dino;  
caminastes de continuo  
por una estrella guiados,  
sed mi guarda y abogados.

Sirviéronle los pastores  
por Pastor de tantas greyes  
y vosotros, mis señores,  
por mayor Rey de los reyes;  
pues del Dador de las leyes  
soys tan queridos y amados,  
sed mi guarda y abogados.

*Juan del Encina (1468-1529)*